

Differenz

Revista internacional de estudios heideggerianos y sus derivas contemporáneas

NÚMERO 11, 2025. ISSN 2695-9011 - e-ISSN: 2386-4877 - doi: 10.12795/Differenz.2025.i11.13 [pp. 227-231]

Recibido: 25/03/2025 – Aceptado: 11/05/2025

Reseña/Review: MARCUSE, Herbert. (2025). La teoría crítica en la era del nacionalsocialismo. Ensayos (1934-1941). Edición y traducción de José Manuel Romero Cuevas. Madrid: Trotta, 237 pp.

Rodnie Gabriel Galeano Rosa

Universidad de Zaragoza

La crisis del modo de producción capitalista y su sostenimiento por medio de un complejo y racionalizado control social demanda respuestas profundas. José Manuel Romero Cuevas, profesor de filosofía de la Universidad de Alcalá de Henares, por medio de la traducción y edición de una serie de ensayos del pensador alemán Herbert Marcuse, contribuye de una forma excepcional a dilucidar desde la perspectiva de la teoría crítica los mecanismos instalados y desarrollados por la racionalidad técnico-científica en aras de perpetuar su cultura y hegemonía. Marcuse fue un intelectual de izquierda comprometido con el cambio social radical y de los pocos pensadores marxistas que reflexionó aguda y brillantemente sobre los cambios que experimentó la sociedad y el modo de producción capitalista en la posguerra y, que, de alguna manera, imposibilitan el surgimiento o constitución de una sociedad solidaria con los demás.

Los ensayos de Marcuse reunidos en la más reciente edición de Romero Cuevas, si bien fueron escritos y publicados en el periodo de ascenso del nacionalsocialismo, siguen manteniendo una vigencia teórica y política porque en ellos se abordan una serie de temas decisivos como ser el significado del liberalismo, “[...] de la tradición filosófica, de la cultura burguesa, de la exigencia individual de felicidad [y] de la tecnología contemporánea” (9).

Romero Cuevas no es la primera vez que traduce el trabajo de Herbert Marcuse, por el contrario, su labor en los últimos años se ha dirigido a salvaguardar el legado de la teoría crítica y, fundamentalmente, el de Herbert Marcuse. Ha sido por su brillante y dedicado esfuerzo que los hispanohablantes hemos podido acceder a los textos tempranos de Marcuse, aquellos que evidencian un vínculo con la fenomenología hermeneútica y con la idea de historicidad desarrollada por Martin Heidegger en su obra *Ser y tiempo*. Marcuse una vez leyó *Ser y tiempo* se trasladó a Friburgo para realizar su tesis de habilitación con Heidegger. Para esos años, el teórico berlinés creyó haber encontrado en la fenomenología hermeneútica el instrumental filosófico que permitiría salir del anquilosamiento en que el marxismo se encontraba debido a las interpretaciones de Marx en clave economicista, mecanicista y cientificista que promovió la Socialdemocracia y la II Internacional. La fascinación del joven Marcuse con el marco ontológico desplegado por Heidegger en *Ser y tiempo* le condujo a proponer un dialogo entre marxismo y fenomenología. Esta propuesta se concentra en sus artículos *Contribuciones a una fenomenología del materialismo histórico* (1928) y *Sobre filosofía concreta* (1929).

En estos dos artículos un joven Marcuse apuntó a la articulación de un método filosófico más concreto que el propuesto por Heidegger, pues para él, la propuesta metodológica del filósofo de Messkirch mantuvo un problemático carácter formal que le llevó a invisibilizar la constitución material de la historicidad, defraudando, de esa manera, la pretensión de articular una genuina filosofía concreta. Contrariamente a Heidegger, Marcuse apostó por una ontología materialista de la historicidad para articular una filosofía concreta y plantear críticamente cómo las formas concretas de existencia forjan adecuadamente la constitución fundamental de ser de la existencia que es la historicidad, de acuerdo a las condiciones materiales concretas en que los agentes históricos se desenvuelven. La fenomenología heideggeriana -para Marcuse- carecía de concreción y radicalidad y, por ello, la ruptura entre el pensador berlinés y Heidegger empieza a evidenciarse en los artículos referenciados con anterioridad. Cabe señalar que la ruptura con Heidegger y su vínculo con el *Instituto de Investigación Social* que para ese entonces dirigía Max Horkheimer “supuso un abandono completo de su primer proyecto de investigación filosófica” (15).

El primero de los artículos que se presenta en esta publicación, el cual lleva como título *La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado*, se ocupa de la ideología y de la teoría política nacionalsocialista. En este texto Marcuse revela las contradicciones del propio liberalismo como sistema político y económico que, por cierto, son que las que generaron las condiciones de posibilidad para el triunfo y ascenso del nacionalsocialismo en Alemania. Lo que vislumbra la reflexión de Marcuse es que la

sociedad y el Estado totalitario no emergieron de la nada, es decir, no suponen una total ruptura con el liberalismo o la sociedad capitalista, sino que el liberalismo y el totalitarismo se manifiestan como ideologías correspondientes a dos etapas sucesivas del capitalismo, a saber, el capitalismo del siglo XIX, orientado a la figura del empresario individual, y el capitalismo monopolista del siglo XX, “que pivota en torno a los grandes trust y consorcios industriales, y que ha anulado el papel del capitalista individual emprendedor y las formas de libertad social requeridas para su desenvolvimiento” (18).

El Segundo artículo titulado *Sobre el concepto de esencia* es fundamental y necesario no solo como un aporte a la historia de los problemas filosóficos, sino como una contribución al establecimiento de los fundamentos de la teoría crítica. En este brillante trabajo, Marcuse realiza un recorrido histórico desde Platón y Aristóteles, atravesando la filosofía medieval y moderna, “[...] hasta su particular deriva en el pensamiento de Husserl” (20), para pensar cada uno de los momentos en que el significado de esencia experimentó una transformación. De acuerdo con Marcuse, a partir de Platón y Aristóteles se desplegó una visión de la esencia como ser en sentido propio del ente, además se le dotó un significado normativo respecto a su facticidad, es decir, respecto a su modo de existencia inmediata.

La revisión crítica del desarrollo histórico del concepto de esencia permitió a Marcuse poner de manifiesto que el contenido propio del concepto es lo que constituye su contenido de verdad, pero dicho contenido, a juicio de Marcuse, se fue difuminando en distintos periodos hasta ser disuelto por el positivismo. Sin embargo, para Marcuse el carácter crítico del concepto de esencia se perdió en el tránsito de “[...] la intuición de esencias de Husserl a la eidética material de Scheler” (20). Para el pensador berlinés fue la teoría materialista la que conservó y profundizó el carácter crítico del concepto de esencia y, lo más relevante, fue la que concibió “[...] la esencia del hombre no como poseyendo un estatuto ontológico, es decir, ajeno a las condiciones sociohistóricas materiales, sino como algo forjado históricamente en el plano de los conflictos y luchas sociopolíticas” (21).

El interés de la teoría materialista en la esencia del hombre no solo deviene de unas preocupaciones filosóficas, sino que tiene un carácter moral y político. En la caracterización de la esencia del hombre esta en juego la determinación de las condiciones materiales de existencia para el desarrollo pleno del ser humano y, con ello, la asunción del compromiso histórico de establecimiento efectivo de tales condiciones.

El ensayo *Sobre el carácter afirmativo de la cultura* supone una contribución en torno a los debates sobre el significado de la cultura burguesa. En este debate, Marcuse marcó cierta distancia de las posiciones desarrolladas por Walter Benjamin y Theodor Adorno por dos razones, la primera porque no tenía idea de la discusión que estaban librando y, la

segunda, porque el pensador berlinés apuntó a la desconstrucción del concepto de cultura burguesa en término de lo que él denominó cultura afirmativa. Esta desconstrucción parte del reconocimiento de que la cultura burguesa permite al individuo acceder a los grandes valores de la humanidad, pero desde una apropiación que realiza el individuo desde su interioridad y, sin que tal apropiación, demande un cuestionamiento o modificación en el ámbito de las relaciones sociales existentes.

Marcuse afirmó con contundencia que la cultura burguesa cumple una función ideológica fundamental en el sostenimiento del orden social dominante, en tanto que, posibilita que los individuos alcancen una elevada gratificación espiritual al hacer suyos los grandes valores culturales, pero de un modo que no supone ninguna crítica, sino la aceptación del orden social y cultural existente. En ese sentido, la cultura afirmativa “promueve [...] un disfrute interior de la belleza que no pone en cuestión las relaciones sociales que causan fealdad, dolor y desesperación en el ámbito social” (24-25). Al contrario, el disfrute interiorizado de tales valores colabora en hacer soportables la crueldad y el terror que desata la sociedad capitalista y sus contradicciones internas.

En el artículo *Filosofía y teoría crítica*, Marcuse afronta la problemática de la relación entre la teoría materialista de la sociedad, denominada teoría crítica, con la tradición filosófica. La teoría materialista, pese a su crítica permanente a la tradición, no desdeña o desvaloriza la filosofía, por el contrario, considera su existencia como algo necesario y asume que en su seno hay un contenido de verdad que debe ser conservado.

Ahora bien, la tesis central de este artículo se dirige a manifestar que la felicidad del ser humano solo puede ser alcanzada por medio de una transformación radical de las condiciones materiales de existencia y, en la asunción de este interés rector, “...la teoría crítica actúa por tanto como genuina heredera de la gran filosofía anterior” (26).

Otro aspecto de que la teoría crítica es heredera de lo más valioso de la tradición filosófica es el concepto de razón. Sin embargo, la teoría crítica ha reinterpretado el significado de la razón y concibe su realización desde el establecimiento de una organización social en la que los agentes históricos regulen su vida de acuerdo a sus necesidades. La realización de la razón deviene así tarea política, pues se asume que tal realización debe significar la creación de las condiciones que posibiliten la felicidad y satisfacción de cada uno de los miembros de la sociedad.

El texto *Para una crítica del hedonismo* realiza un recorrido histórico por los significados que el hedonismo ha recibido desde la filosofía griega y se confronta con el sentido que se le otorga en la sociedad actual. La confrontación del hedonismo no implica la apelación de una filosofía alternativa que supere sus aspectos individualistas e inmovilistas, sino

que la confrontación conlleva la propuesta de una nueva organización social en la que se pueda realizar la verdad del hedonismo, a saber, la definición de la felicidad como satisfacción en el individuo de sus necesidades sensuales y materiales. De acuerdo con Marcuse, la realización de la felicidad es lo que posibilita que el individuo tome conciencia de la necesidad de conservar la libertad general.

De esta manera, el hedonismo es salvado y muestra su vínculo interno con la libertad en cuanto autodeterminación moral y política de los hombres, encauzados en la construcción de una sociedad diferente que genere las condiciones de posibilidad para la realización y autorrealización de todos.

El último texto de la serie se titula *Algunas implicaciones sociales de la tecnología moderna* enuncia algunas de las principales tesis que posteriormente Marcuse desarrollaría en *El hombre unidimensional*. En este artículo, el pensador berlinés se posicionó en torno a la distinción entre la técnica propiamente dicha, es decir, los aparatos técnicos que caracterizan la época industrial.

Un aspecto distintivo de este artículo es señalar que el desarrollo de la técnica ha contribuido con la organización de las relaciones económicas y sociales existentes, es decir, para el pensador berlinés la técnica moderna es un modo de organización y manifestación de patrones de pensamiento y comportamiento, así como un instrumento de control y dominio. Asimismo, en este artículo se muestra argumentativamente la transformación profunda que ha provocado la racionalidad tecnológica en el individualismo moderno. El proceso tecnológico ha simplificado -nos dice Marcuse- “la variedad de cualidades humanas a su base material de individuación, pero esta misma base puede convertirse en la fundación de una nueva forma de desarrollo humano” (31).

Estos textos, a pesar de haber sido escritos y publicados hace más 80 años, mantienen una enorme relevancia por dos razones en concreto, la primera, por ser los prolegómenos de muchas de las posiciones que fueron plasmadas en *Eros y civilización* y *El hombre unidimensional* y, la segunda, por interpelarnos en el contexto de las problemáticas que definen nuestra situación presente. En ese sentido, nos encontramos con unos textos que nos permiten comprender el estado de las deterioradas democracias de Occidente, la emergencia de los nacionalismos y populismos de derecha, el papel de la cultura y de la técnica moderna en el sostenimiento del orden social vigente. Pero también nos alientan sobre la posibilidad de una sociedad no represiva y solidaria.